

Demolición del palacete Ramón y Cajal y los últimos años del premio Nobel: la historia dilapidada

S. Giménez-Roldán

Ex profesor jefe, Servicio de Neurología. Hospital General Universitario Gregorio Marañón, Madrid, España.

RESUMEN

Introducción. En 1906, Cajal levantó un elegante edificio cerca de su Laboratorio de Investigaciones Biológicas. Recientemente, la prensa ha comunicado que el palacete está siendo transformado en pisos de lujo. Sucesos relevantes en su vida se perderán con su demolición.

Desarrollo. En “la cueva”, el frío sótano en el que se encerró para seguir trabajando por temor a sufrir una hemorragia cerebral, se perdió una versión actualizada de su *Histologie du système nerveux de l’homme et des vertébrés*, en la que se afanaba desde hacía más de 40 años. Es posible que la sirvienta Dora y una ayudante adolescente pudieran haber confundido sus páginas des encuadradas con papeles inservibles. Cajal modificó su testamento en tres ocasiones. Poco antes de fallecer redactó un codicilo con su deseo de ser enterrado en el Cementerio Civil de Madrid. Finalmente, compartió sepultura con su esposa en el cementerio católico de La Almudena. Su entierro fue muy conflictivo, impidiendo la policía que su féretro fuera llevado a hombros.

Conclusiones. Con la demolición del interior del palacete de Cajal se perderán de manera irreversible referencias tangibles que han sido parte esencial en la vida del creador de la neurociencia moderna.

PALABRAS CLAVE

Entierro, *Histologie du système nerveux de l’homme et des vertébrés*, palacete Ramón y Cajal, testamentos, último domicilio

Introducción

El palacete Ramón y Cajal¹, un inmueble en el número 62 de la calle Alfonso XII de Madrid en el que Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) habitó los últimos 23 años de su vida, será transformado en pisos de lujo. El matrimonio Cajal se había instalado en su nueva casa al menos en 1915, dos años antes de la fecha de finalización que consta en la fachada. Junto al matrimonio vivían Pilar y Luís, sus dos hijos pequeños, además de dos sirvientas y de un “chauffeur” (sic), un madrileño de 30 años llamado Marcos Vallejo. Hasta hace poco había sido propiedad de los herederos del Premio Nobel, pero desde

el verano de 2017 su elegante fachada aparece cubierta por un enjambre de andamios². Incluido en el Catálogo de Edificios Protegidos y considerado Bien de Interés Cultural, las autoridades de la Comunidad de Madrid alegan que su única responsabilidad es “mantener el patrimonio, no el uso que se haga en su interior”. En todo caso, dicen, “siempre fueron viviendas, y ahí vivieron sus hijos y sus nietos”³.

Es probable que se mantenga la fachada y la placa que el Ayuntamiento de Madrid colocó en 1984 con motivo del cincuentenario de su fallecimiento y que reza “La máxima figura de la ciencia española de nuestro tiempo, y quizá de todos los tiempos”, reproduciendo las palabras

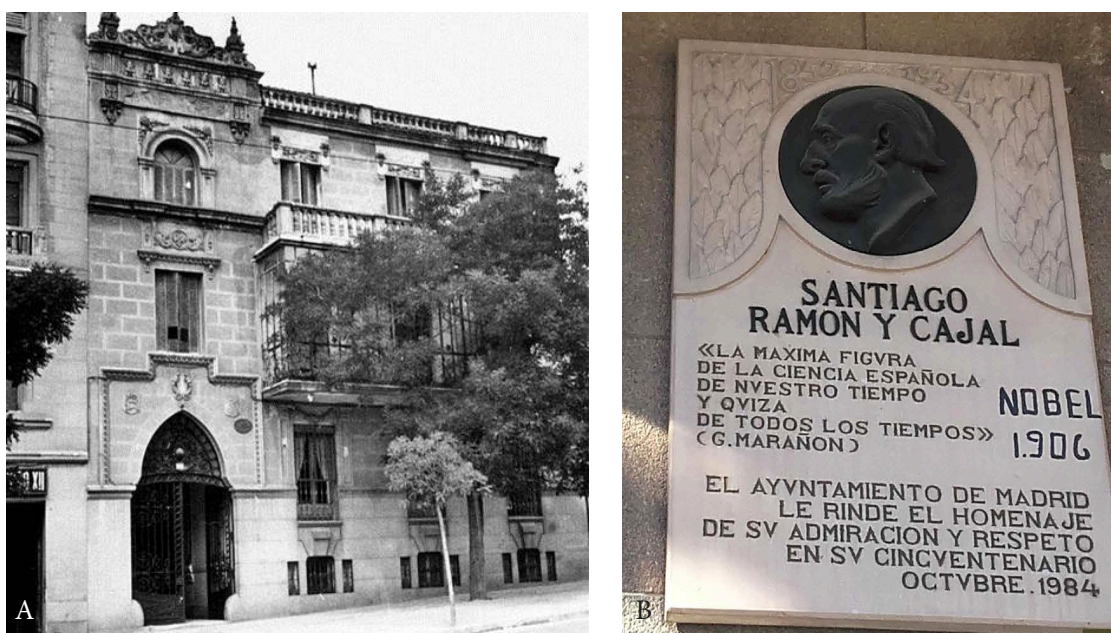


Figura 1. Palacete Ramón y Cajal. A) Sobre la bella puerta de hierro forjado, las iniciales RC (derecha) y la fecha de su terminación en 1917 (izquierda). B) El Ayuntamiento de Madrid colocó esta placa para conmemorar el cincuentenario de su fallecimiento.

que Gregorio Marañón (1887-1960) pronunció en el acto (figura 1). No será suficiente, ni mucho menos. Porque, además de la pérdida del patrimonio de la nación, el último domicilio del creador de la neurociencia moderna será apenas una cáscara vacía y se perderán con ello referencias imprescindibles para entender la última etapa en la vida y obra de Cajal. A lo que parece, no ha sido posible frenar el despropósito, condenado a ser un domicilio hueco, sin emoción ni historia.

El objetivo de la presente revisión es abordar hechos relevantes que tuvieron lugar en el palacete Ramón y Cajal en el último tramo de la vida del sabio español y que se perderán como material tangible tras la demolición de su interior.

Desarrollo

Se ha revisado la biografía de del Olmet y Torres Bernal, publicada en 1918, quizás la primera sobre el sabio español, donde se aportan pinceladas sobre su vida cotidiana ya instalado en su nueva casa⁴. La entrevista que Díaz Morales publicó en *Estampa*, en agosto de

1930, es interesante por las fotografías que ilustran las limitaciones físicas de don Santiago a sus 78 años⁵. Desde México, en 1952, un grupo de médicos españoles exiliados que le habían conocido personalmente desgranaron interesantes recuerdos con motivo del centenario de su nacimiento⁶. Los académicos de la Real Academia Nacional de Medicina tardaron casi treinta años en dedicarle una sesión el 27 de octubre de 1981⁷. Enriqueta Lewy Rodríguez, secretaria personal de Cajal y su traductora del alemán a lo largo de ocho años, relata numerosas anécdotas que dicen mucho de la personalidad del sabio⁸. A sus 86 años, Kety, su diminutivo, hablaba con emoción de sus recuerdos de Cajal⁹, además de las peripecias de su propia vida como exiliada, en una entrevista de Radio Nacional de España¹⁰. Don García Durán Muñoz (1915-1994), en colaboración con Alonso Burón, recogió en dos extensos volúmenes la vida y obra de Cajal así como documentos inéditos de este; aunque históricamente útiles, contienen errores de bulto^{11,12}. Don García se había casado, sin permiso del padre de esta, con Encarnación Ramón y Cajal Conejero (“Nana”), menor de edad, hija de Jorge,

vástago de Cajal. Los últimos descendientes directos de la familia de don Santiago han denunciado reiteradamente su falta de honestidad por el modo con que se apropió de documentos que sólo a ellos pertenecen (María de los Ángeles Ramón y Cajal, comunicación personal). Un obituario de Durán Muñoz¹³, quien nunca conoció personalmente a su suegro, apunta que fue miembro de la Real Academia de Extremadura y publicó un par de libros sobre historia del flamenco y del cante en Andalucía. Las enfermedades de Ramón y Cajal en la última etapa de su vida han sido revisadas a través de los datos del doctor Santiago Carro, uno de sus médicos personales¹⁴. Los detalles de su entierro nunca habían sido formalmente abordados por los principales biógrafos de Cajal^{11,12,14-17}, soslayando quizás las circunstancias conflictivas en las que transcurrió. Sus pormenores han sido analizados en diarios de la época de diferente orientación ideológica (*ABC*, *Crónica*, *El Debate*, *La Época*, *El Sol* y *La Voz*), a los que se ha tenido acceso a través de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional.

De la calle Atocha al palacete Ramón y Cajal

Cuando recaló como catedrático en Madrid en 1892, Cajal tiene 40 años y siete oposiciones a sus espaldas. Acostumbrado a una vida de austeridad y reconocido desapego al dinero, se había conformado con modestos pisos de alquiler en la calle Atocha, todos próximos a la Facultad de Medicina. Tanta fue su relación con esta popular vía madrileña que, a raíz de obtener el Premio Nobel, hubo un proyecto por parte del Ayuntamiento para cambiar su nombre por “calle Ramón y Cajal”. Impedimentos legales acabaron con la propuesta¹⁸.

Los pobres de San Carlos (...) carecíamos, salvo alguna excepción, de clientela; gastábamos gabanes raídos y casi prehistóricos, nos alojábamos en cuartos de 15 o 20 duros y (...) emprendíamos melancólicamente y sin escolta de pegajosos admiradores, la áspera cuesta de la calle Atocha¹².

Así fue que Cajal vivió en el número 131 duplicado, casi frente al Colegio de San Carlos, donde una placa conmemora la familia Fugger, los Fúcares, banqueros que hicieron fortuna financiando al emperador Carlos I de España; en Atocha 64, 2º derecha, la dirección que dio Cajal al colegiarse; y en Atocha 42, 2º piso, cuando, en 1903, redactó su primer testamento. La calle Atocha no fue su único domicilio en la capital. En el número 41 principal 2ª de la calle del Príncipe, esquina a Huertas, Cajal recibió un telegrama de Emil Holmgren, el mismo

que se había opuesto a la petición de don León Corral y Maestro, catedrático de Valladolid, de otorgarle el preciado premio¹⁹. Una placa conmemorativa hace honor a un afamado torero.

El galardón del Nobel, adjudicado por el Real Instituto Carolino de Estocolmo el 25 de octubre de 1906, significaba 23 000 duros de la época, toda una fortuna²⁰. Le permitió levantar un magnífico palacete diseñado en 1912 por el arquitecto Julio Martínez-Zapata. “Bello, austero, pleno de higiene y de sol, abierto y claro”, se escribió en su tiempo. A un paso del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, en el Museo Velasco, donde se le había habilitado algunas estancias a raíz del Premio Moscú, en tanto que se levantaba un epatante edificio en el Cerrillo de San Blas, junto al Observatorio Astronómico, a propuesta del rey don Alfonso XIII en 1900.

Días de vino y rosas

Corría el año 1906 cuando sucedió algo inédito en España: por vez primera en su historia se concedía a un científico casi desconocido en su propio país un Premio Nobel, la máxima distinción científica del mundo. Es célebre la anécdota de cierto miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, cuyo nombre no registra la historia, que ignoraba quién era Cajal cuando Virchow le preguntó en Berlín: “¿En qué se ocupa ahora Cajal?”. El secretario de la Academia, el astrónomo y matemático don Miguel Merino Melchor (1831-1905), propuso de inmediato nombrarle académico¹⁹. En la calle Valverde de Madrid dio su conocido discurso “Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica”, leído el 5 de diciembre de 1897²¹. El doctor Enrique Florencio Lloria Despau (1867-1925), de origen cubano y urólogo especializado en el hospital Necker de París, pagó la 2ª edición para que el opúsculo *Reglas y consejos sobre la investigación científica* fuera repartido gratuitamente entre los estudiantes^{22,23}.

Cajal disfrutó de días felices en su magnífico palacete. Cada primero de mayo celebraba su cumpleaños reuniendo a sus colaboradores en el coqueto salón de su casa (figura 2); buenos muebles, pese a la conocida tacañería de doña Silveria, que era tal que incluso afectó a la difusión de los libros del maestro²⁴. “A los hombres, coñac; y a las mujeres una copita de Marie Brizard, que no hace daño”, recordaba Kety. Y tocinitos de cielo, comprados en una pastelería de la calle del Pozo⁸. Cajal se

había convertido en un personaje popular, incluso hasta sentirse agobiado. “Le molestan mucho, declaraba su esposa: todo el mundo quiere un artículo, un autógrafo, una cuartilla, un retrato, una entrevista”⁴.

Las consecuencias de un error diagnóstico

Hacia los 66 años de edad, al filo de terminarse de levantar su nuevo domicilio, Cajal comenzó a sufrir lo que denominó “insufribles cefalalgias”. Detalla que solían presentarse hacia las 4 de la tarde, tras las animadas tertulias que mantenía a diario en el Café Suizo (de 2 a 3 de la tarde, como puntualiza *La Correspondencia de España* el 14 de septiembre de 1910). Subrayaba la sensación de ardor en la cabeza, que interpretaba como “congestión”²⁵. Nicolás Achúcarro (1880-1918) fue un caso atípico en la Escuela de Neurohistología española ya que compaginaba la asistencia a enfermos neurológicos en la planta baja del Hospital General con una excelente labor neurohistológica²⁶. Un nuevo episodio de cefalea tras una sesión fotográfica en un diminuto habitáculo a 35°C animó a Cajal a consultar con “el sabio y simpático doctor Achúcarro”. “Amigo mío, la arterioesclerosis cerebral ha comenzado: no hay que alarmarse”, fue el conciso diagnóstico del bilbaíno. Y lo que era peor: le recomendó hablar y escribir poco, y abstenerse de lugares excesivamente calurosos. Toda una tragedia²⁷.

Aunque el diagnóstico fue correcto de atenernos a los cánones de la época, el error condenará a Cajal a vivir sus últimos años en soledad, atenazado por la depresión y el insomnio, angustiado por el temor de rondarle una hemorragia cerebral. Abandonará a sus contertulios de El Suizo y su tórrido ambiente por el lóbrego sótano del café La Elipa, en el número 43 de la calle de Alcalá, junto a la Iglesia de San José, donde hojea la prensa en solitario bajo la protección de amables camareros que le evitan ser molestado. Huyendo del calor se refugió en una diminuta habitación ubicada en el sótano de la casa; añadirá en una estancia próxima una biblioteca de más de 10 000 volúmenes. En “la cueva”, como irónicamente la conocían sus discípulos, pasará muchas horas de su vida en absoluta soledad, donde aún se afanaba en concluir obras pendientes. Por una escalera interior podía ascender a una terracita donde había instalado un telescopio; desde una ventana próxima, el periodista José Díaz Morales (1930) le observaba a menudo “contemplando el cielo”⁵.



Figura 2. Aburguesado salón del domicilio de Cajal, con las fotos de doña Silveria y don Santiago a cada lado del enorme espejo. Tomada de Laín Entralgo y Albarracín¹⁵

Drama en “la cueva”: desaparece la revisión de *Histologie du système nerveux de l’homme et des vertébrés*

La única foto que existe de su “gabinete de trabajo”, el nombre que le había asignado, permite hacerse una idea del caos en el que siguió laborando los últimos años de su vida; atiborrado de carpetas y documentos, incluso el suelo tapizado por densas capas de cuartillas desechadas (figura 3). Ballester Escalas cuenta una anécdota sobre el subterráneo donde el sabio se había refugiado²⁸. En efecto, un periodista, en 1922, conociendo el rechazo de Cajal a ser entrevistado, se hizo pasar por un alumno, a sabiendas de que jamás les negaba un saludo. Dora, el ama de llaves, le condujo a “la cueva” y tras una breve charla en la que se aclaró el malentendido, Cajal apagó la luz y quedaron en total oscuridad.

Había prohibido estrictamente el acceso a su gabinete. Nadie, salvo Fe, su hija mayor, que se había ido a vivir con su padre tras enviudar; ni tan siquiera su secretaria Enriqueta Lewy, o Dora, salvo cuando él indicara que podía entrar a limpiar. Esta última era Isidora Ballano Ramos, a quien en uno de sus testamentos Cajal asignó 2500 pesetas, “a condición de que permanezca soltera



Figura 3. Gabinete de trabajo en el que se refugió Cajal huyendo del calor ("la cueva"). En este maremágnum de papeles desaparecieron las notas y dibujos de lo que hubiera sido la actualización de su magna obra, *Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*.

y siga prestándome sus servicios y asistencias hasta la última enfermedad"²⁹. A veces le acompañaba "la Pequeña", nombre con el que Cajal conocía a la joven ayudante de Dora.

Como se ha mencionado, en aquel gélido gabinete se afanó Cajal en sus últimas obras: *El mundo visto a los ochenta años: impresiones de un arterioesclerótico*²⁵, que vería la luz poco después de fallecer, una postrera defensa de la unidad anatómica de la célula nerviosa³⁰, y un capítulo para el *Handbuch der Neurologie*, de Bumke y Foerster, donde resumió la teoría neuronal. Pero su mayor ilusión fue la actualización de su *opus magnum*, la obra maestra cuya traducción al francés había realizado en 1911 su buen amigo Léon Azoulay: *Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*, dos volúmenes de casi 1000 páginas cada uno³¹. Entre 1899 y 1904 había publicado en castellano *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* en dos tomos,

con un total de 1800 páginas y 877 grabados, pero habían transcurrido muchas décadas y Cajal deseaba poner sus investigaciones al día.

El diario *La Voz* (18 octubre 1934) cuenta algunos pormenores de lo que pudo haber sido el colofón de su obra científica. En suma, la edición estaba agotada y necesitaba un ejemplar para desencuadernar e ir acotando entre sus páginas nuevos datos, amén de profusión de imágenes inéditas. Sus discípulos pudieron encontrarle un ejemplar en una librería de viejo, lo que Cajal recibió con "alegría infantil". Fernández Santarén^{17(p71)} dice que "allí ocurrió un suceso de trascendental importancia que muy probablemente aceleró el final de sus días. (...) Una de las pérdidas más grandes en la historia de la neurobiología".

En efecto, la actualización a la que había dedicado infinitas horas de trabajo había desaparecido, y con ella aportaciones cuyo alcance ignoramos. Nunca fueron halladas. Cuartillas no guardadas en una carpeta, como indican Laín Entralgo y Albarracín Teulón, sino en hojas sueltas entreverando gruesos tomos desencuadernados. Aunque desconocemos la fecha de su desaparición, en una carta de Cajal dirigida a Ortega y Gasset el 13 de julio de 1934, tras las acostumbradas quejas de ser "un viejo desengañado" y su "creciente flaqueza de mi atención", asegura: "Voy a reeditar mi obra agotada (...), el fruto de 40 años de trabajo encarnizado"¹⁷. La pérdida, pues, debió de ocurrir en los tres últimos meses de su vida. En el padrón municipal de 1930 aparece un personaje en quien hasta la fecha nadie había reparado. Ya se ha mencionado que Cajal la conocía como "la Pequeña"; en realidad, Hilaria Melquinza Ramos, una adolescente de 17 años que se había venido a Madrid desde su Guadalajara natal y ejercía funciones como ayudante de su tía Dora, una "doméstica" (sic) muy apreciada por la familia.

En el caótico ambiente del gabinete, con papeles desparramados por el suelo¹⁵ y escasa iluminación, donde a menudo Cajal quedaba a oscuras³⁰, ¿pudo caer accidentalmente al suelo el grueso mazo de hojas sueltas? Como mera hipótesis, es posible que la jovencita Hilaria pensara que aquellos papeles desparramados por el suelo no fueran sino notas desechadas cuyo fin no podría ser otro que la basura. El hecho cierto es que nunca ha sido documentado dónde pudieron ir a parar tan valiosas acotaciones.



UNA GRAN PERDIDA PARA ESPAÑA

La muerte D. Santiago Ramón y Cajal

Os he concedido algo más precioso que todas las excelencias sensoriales: un cerebro privilegiado, órgano soberano de comportamiento y de acción, que sabiamente utilizado mejorará hasta el infinito la potenciación analítica de vuestros sentidos. Gracias a él podremos bucear sobre lo ignoto y operar sobre lo invisible, esclareciendo, en lo posible, los arcanos — vedados al hombre vulgar — de la materia y de la energía, y vuestras potencialidades inquisitivas distarán mucho de haberse agotado, antes bien crecerán inagotablemente, tanto que cada fase evolutiva del homo sapiens revestirá los caracteres de nueva humanidad.

Figura 4. El último escrito de Cajal, horas antes de fallecer: un canto a la potencialidad del cerebro según las ideas de la evolución

Las horas postreras y sus últimos escritos

El gastroenterólogo Santiago Carro García (1889-1966) atendió a Cajal a lo largo de ocho meses por diarreas persistentes. Fue difícil convencerle de que no se debían a una neoplasia del aparato digestivo, como temía. Se autodiagnosticó de “hiperclorhidria artificial”, que atribuía a los salicilatos que tomaba junto a “agua clorhídrica”¹⁴.

En contra de los consejos médicos, Cajal pretendía combatirlos tomando abundante kéfir o yogur búlgaro; una alimentación escasa a base de papillas le fue debilitando hasta llevarle a un estado de deshidratación. En estado crítico rechazó que se le administraran sueros, como propuso Jiménez Díaz. Durán y Alonso^{11(p367)} reproducen una fotografía de lo que Cajal fue anotando, día a día, su estado de salud; incluso las horas y el color de sus deposiciones. Hipcondriaco y deprimido, pero lúcido hasta el final.

¿Cuál fue realmente la última cuartilla que escribió Cajal? El Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Madrid guarda enmarcada la célebre carta en la que aconsejaba a Rafael

Lorente de Nó (1902-1990), emigrado a Estados Unidos, sobre el modo de teñir la fascia dentada en el ratón. Está fechada el 5 de octubre de 1934, cuando le restaban por tanto doce días de vida. Mucho más próxima es la que el diario *El Sol* reprodujo al día siguiente de su fallecimiento, apenas un documento de 12 líneas (Figura 4; *El Sol*, 18 octubre 1934). Según este rotativo la escribió “a las ocho de la noche, tres horas antes de fallecer” aquel 17 de octubre de 1934. Como el canto del cisne, quiso dejarnos en momentos tan críticos su legado postrero: el cerebro como maravilla de la evolución.

Os he concedido algo más maravilloso que todas las excelencias sensoriales: un cerebro privilegiado, órgano soberano de comportamiento y de acción, que sabiamente utilizado mejorará hasta el infinito la potenciación analítica de vuestros sentidos. Gracias a él podremos bucear sobre lo ignoto y operar sobre lo invisible, esclareciendo en lo posible los arcanos — vedados al hombre vulgar — de la materia y de la energía, y vuestras potencialidades inquisitivas distarán mucho de haberse agotado, antes bien crecerán inagotablemente, tanto que cada fase evolutiva del homo sapiens revestirá los caracteres de nuevas humanidades.



Figura 5. Máscara mortuoria en bronce, enmarcada por una corona de hojas de laurel. Obra del escultor Juan Cristóbal

El escrito tiene tres breves tachaduras, dos por supresión y una por enmienda (en vez de “misterio” prefirió escribir “arcanos”), pero “persisten los conocidos caracteres de su escritura, espaciada, grande, clarísima, de absoluta sobriedad, sin un rasgo superfluo”, comenta el doctor don Tomas Perrín desde su exilio³². En la hora final le acompañaban su hija Fe, don Fernando de Castro y Tello, que lloraba desconsoladamente. Su médico habitual, don Teófilo Hernando, llevó a cabo el ritual de diagnosticar su muerte, pidiendo a don Carlos Jiménez Díaz que firmaran ambos el obligado certificado de defunción³¹. La capilla ardiente, extremadamente sencilla, se instaló en la misma habitación en la que había fallecido, y a la que fueron llegando profusión de flores enviadas por estudiantes de medicina. He omitido la tétrica fotografía de Cajal en su féretro, publicada en gran formato por determinado diario, substituida aquí por una reproducción de la máscara mortuoria que se obtuvo (figura 5).

Testamentos contradictorios

De acuerdo con el Archivo General de Protocolos de Madrid, Cajal modificó su testamento en tres ocasiones. En 1903, ya en Madrid, en su primer testamento declara profesar la religión católica y determina ser enterrado en el lugar que designe su esposa. En 1927, a la edad de 74 años, introduce cambios radicales con respecto al testamento anterior. No sólo omite toda referencia a la religión, sino que indica que su entierro fuera “puramente civil sin ninguna clase de pompa y aparato”. En cuanto a su tumba dice: “Mis restos descansarán en la fosa común, satisfecho de diluirme en esta amada tierra de España, confundidos con los de los más humildes conciudadanos”. Cuatro años después, en 1931, ya enviudado, se ratifica en lo dispuesto en el testamento anterior, incluyendo detalles sobre el destino de su biblioteca, que deja a sus hijos Jorge y Luis¹¹.

Inesperadamente, el 18 de septiembre de 1934, es decir, apenas un mes antes de fallecer, redactó un codicilo en el que introduce cambios substanciales. En este declara la siguiente disyuntiva: “Entiérreseme, a ser posible, junto a mi esposa, y si no, en el cementerio laico, junto a Azcárate”. Al día siguiente de fallecer, Francisco Tello mostró un codicilo guardado en un sobre; se trataba de una disposición de última voluntad, sin mención de herederos y al margen de la existencia o no de testamentos. Cajal deseaba ser enterrado en el Cementerio Civil, donde la tumba de Gumersindo de Azcárate, fiel a la ortodoxia krausista, acompaña a otros cinco miembros de la Institución Libre de Enseñanza. No quedaba más espacio, así que, en contra de lo que pudiera pensarse, Cajal está enterrado en el Cementerio de la Almudena de Madrid. Bajo una enorme cruz.

Un entierro conflictivo

El 18 de octubre de 1934 España se encontraba en el Bienio Negro, en plena Revolución de Asturias y su durísima represión; Gil Robles ostentaba a la sazón la cartera del Ejército. A las once de la mañana, el Ministro de Instrucción Pública don Filiberto Villalobos se acercó al palacete Ramón y Cajal para dar a la familia el pésame oficial. A las cuatro de una tarde plomiza una multitud fue abarrotando el final de la calle Alfonso XII; no solo discípulos y estudiantes, también quiso estar presente el pueblo llano. A punto de salir la comitiva, apareció un alto miembro del Ejército con intención de presidirla. Tello, albacea de Cajal, le detuvo al tiempo que le mostraba el



Figura 6. El féretro de Cajal, llevado a hombros a pocos pasos de su último domicilio, acompañado por una multitud. Minutos después, una dotación de guardias de asalto obligarían a montarlo en un furgón¹⁵.

último testamento del maestro en el que manifestaba su voluntad de que su entierro fuera puramente civil. Con el féretro a hombros de discípulos y estudiantes, apenas la comitiva había avanzado 200 metros cuando guardias de asalto y la guardia civil conminaron a que el sepelio prosiguiera en un furgón, incluso flanqueado por motocicletas con ametralladoras, como recuerda don Galo Leoz, célebre oftalmólogo, a sus 105 años³² (figura 6). Fue preciso mutilar a golpes la sencilla tumba, arrancando ornamentos y molduras, para introducir el féretro. Tello, con los ojos humedecidos, contemplaba la triste escena y daba órdenes para acortarla. De su mano salió el primer puñado de tierra que cayó a la fosa³³.

Conclusiones

En este artículo aportamos sobre fuentes originales algunos datos inéditos o, si acaso, apenas mencionados por los principales biógrafos de Cajal. Como detalles, la misteriosa desaparición de su *Textura*, una tragedia que ha sido acertadamente considerada como suceso de trascendental importancia³⁴.

Basados en lo que cuentan Laín Entralgo y Albarracín¹⁵ y el diario *La Voz* (18 octubre 1934), se podría especular

sobre el papel que pudieron jugar la sirvienta Dora y su ayudante. Según esta hipótesis, en el maremágnum de “la cueva”, escasamente iluminada, el ejemplar desencuadrado entre cuyas hojas iba el maestro introduciendo incansablemente nuevos datos y grabados, pudo caer accidentalmente al suelo. Líneas arriba se ha mencionado que tan sólo le era permitido el acceso a este lúgubre sótano a su hija Fe y a la fiel Dora. Seguramente también a Hilaria, apenas una adolescente, ahora circunstancial ayudante del ama de llaves. Bien pudo suponer que el destino de la magna obra, ahora desparramada junto a papeles que nuestro sabio acostumbraba a tirar al suelo¹⁵, no podía ser otro que la basura. En todo caso, gracias al imprescindible *Epistolario* de Fernández Santarén³⁴, sabemos que la tragedia tuvo lugar en los últimos tres meses de vida de Cajal. Hasta el año 2007 no ha sido posible disponer de una traducción al español de la obra original³⁵.

No dejan de sorprender los vaivenes ideológicos reflejados en los tres testamentos que emitió nuestro Premio Nobel entre los años 1903 y 1931 y el inesperado codicilo redactado al filo de la muerte, desde un catolicismo convencional en el primero, al giro



Figura 7. Aspecto actual de la tumba en la que reposan los restos de Santiago Ramón y Cajal y su esposa, Silveria Fañanás García, y otro familiar. El ramito de flores silvestres envuelto en una bolsa de supermercado, humilde y emocionado homenaje anónimo (foto del autor)

sorprendente del emitido en 1927, en el que pidió ser enterrado en una fosa común. En sus años de catedrático de anatomía descriptiva en la Facultad de Medicina de Valencia, Cajal era por entonces un hombre pleno de idealismo, pero fue evolucionado hacia la mentalidad materialista del positivismo para terminar en 1931 en la fórmula más conciliadora del krausismo³⁶. En el dubitativo codicilo de última hora, Cajal deja que sean otros quienes decidan la disyuntiva de ser enterrado en el Cementerio Civil junto a sus admirados krausistas, o bien descansar con su esposa, doña Silveria Fañanás García, fallecida el 22 de agosto de 1931, es decir, apenas tres años antes. Finalmente, Cajal descansa para siempre en una tumba a ras de suelo en el Cementerio de La Almudena de Madrid.

El marco político en el que transcurrió el conflictivo entierro de Cajal merece unas líneas. Aunque nunca quiso entrar en política, eran conocidas sus ideas en apoyo de la Segunda República Española, como

reconoce su nieto³⁷. Transcurrido apenas un mes de su proclamación, dio su apoyo público a la Federación Universitaria de Estudiantes (FUE), una organización de ideología izquierdista, con motivo de la inauguración en la Facultad de Medicina de una escultura que le representaba³⁸. En este contexto, la pretensión de un militar de encabezar el sepelio, impedido en el último momento por Francisco Tello Muñoz (1880-1958), bien valdría una futura investigación pormenorizada. Cabe que la orden de la policía de introducir el féretro de Cajal en un furgón, flanqueado por motoristas armados con metralletas, solamente pretendiera evitar desórdenes públicos.

Pero no parece excesivo deducir que pudieron pesar razones políticas. Resulta llamativo que antes de 1975 apenas hubiera referencias en España a Cajal y su Escuela de Neurohistología. Se habían adelantado muchos años antes médicos españoles exiliados en Hispanoamérica^{6,22,23,30}, a los que siguieron biografías de autores extranjeros, como Dorothy F. Cannon, en 1951³⁹, y H. Williams, en 1952⁴⁰. Unas enigmáticas palabras de los historiadores Pedro Laín Entralgo y Agustín Albarracín Teulón^{15(p280)} a propósito de Fernando de Castro Rodríguez (1896-1967) dicen lo siguiente, apenas superada la transición política en nuestro país: “Sufrió día a día el intento sintomático de acabar, por motivos totalmente ajenos a la investigación, con la escuela de Cajal”. El profesor de Castro, quizás el discípulo preferido de Cajal, sólo pudo obtener una cátedra de histología en 1951, y aunque se le permitía colaborar durante la década de los 40 en algunas investigaciones⁴¹, estaba obligado a hacerlo bajo la firma del director del Instituto Cajal. La guerra civil española había puesto fin, en efecto, a la escuela madrileña de neurología⁴².

En el deseo del autor de estas líneas de visitar la tumba de Cajal, el funcionario facilitó unas señas que se me antojaron enigmáticas: cuartel 1, manzana 112, letra A, cuerpo 2. Cinco millones de cuerpos anclados en la tierra son un mareo de nombres. Dando por perdida la mañana, un amable marmolista se bajó de la cabina de su camioneta y, tras varias vueltas, dio al fin con ella. “¿Quiere usted saber que después de 34 años trabajando aquí no tenía ni idea de dónde se encontraba Cajal?”. Bajo un ciprés añoso, a unos metros de la tapia, se respira la melancolía del olvido. Unas margaritas silvestres, ya marchitas, en una prosaica bolsa comercial, representaban el homenaje que alguna mano anónima había dejado sobre los restos del que fuera nuestro mayor

sabio (figura 7). Nadie se ha preocupado de restituir algunas letras de la lápida, desplomadas de vejez y de incuria⁴³.

Agradecimientos

Al informático D. Carlos Méndez Botella, por su desinteresada y eficaz ayuda en la búsqueda de documentación oficial sobre los domicilios y otros documentos de Ramón y Cajal. El Dr. M. Marco Igual me facilitó datos importantes sobre Enriqueta Lewy y su familia.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Bibliografía

1. Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid. Servicio histórico [Internet]. Madrid: COAM; [s.d.]. Disponible en: <http://www.coam.org/es/fundacion/servicio-historico/guia-arquitectura-madrid>
2. Fraguas R. El palacete Ramón y Cajal se transforma en pisos de lujo. *El País* [Internet]. 6 feb 2017. Disponible en: https://elpais.com/ccaa/2017/02/06/madrid/1486377828_197774.html
3. Sánchez Seoane L. Las autoridades se inhiben y el Palacete Ramón y Cajal albergará pisos de lujo. *El Independiente* [Internet]. 14 jun 2017. Disponible en: <https://www.elindependiente.com/tendencias/2017/06/14/gobierno-y-comunidad-aseguran-no-tener-competencias-sobre-el-uso-del-palacete-de-ramon-y-cajal/>
4. Antón del Olmet L, de Torres Bernal J. Cajal: historia íntima y resumen científico del español más ilustre de su época. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo; 1918.
5. Díaz Morales J. Cómo pasan sus vacaciones personas conocidas. Estampa: Revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial. 19 ago 1930;136.
6. Somolinos D'Ardois G. Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento. México D.F.: Editorial Cultura; 1952. Cajal a los ochenta años; p. 67-73.
7. Lorenzo Velázquez B. Algunos recuerdos sobre Cajal en el XLVII aniversario de su muerte. *An Real Acad Nac Med*. 1981;4:662-8.
8. Rodríguez Lewy E. Así era Cajal. Madrid: Espasa-Calpe; 1977.
9. Niño A. Muy cerca del Nobel. *El País*. 9 abr 1983.
10. Lewy E. Ramón y Cajal: en el recuerdo de Enriqueta Lewy, su última secretaria [programa de radio]. Ayer. RTVE. Madrid: RTVE; 3 sep 2011 [consultado 18 sep 2018]. Disponible en: <http://www.rtve.es/alacarta/audios/ayer/ayer-ramon-cajal-recuerdo-enriqueta-lewy-su-ultima-secretaria-03-09-11/1190219/>
11. Durán Muñoz G, Alonso Burón F. Cajal. I. Vida y obra. 2a ed. Barcelona: Editorial Científico-Médica; 1983.
12. Durán Muñoz G, Alonso Burón F. Cajal. II. Escritos inéditos. 2ª ed. Barcelona: Editorial Científico-Médica; 1983.
13. Necrológicas: García Durán Muñoz. *ABC* [Internet]. 6 oct 1994 [consultado 18 sep 2018];76. Disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1994/10/06/076.html>
14. Tello JF. Cajal y su labor histológica. Madrid: [s.n.]; 1935.
15. Laín Entralgo P, Albarracín A. Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España. Barcelona: Labor; 1978.
16. López Piñero JM. Cajal. Madrid: Debate; 2000.
17. Fernández Santarén J. Introducción. En: Fernández Santarén J, ed. Santiago Ramón y Cajal. Recuerdos de mi vida. Clásicos de la Ciencia y Tecnología. Barcelona: Editorial Crítica; 2006.
18. Carro S. Cajal, enfermo. *Gaceta Médica Española*. 1934;18:137-8.
19. Boletín del Ayuntamiento de Madrid. 5 nov 1906; sesiones 2 dic 1907 (nº 521) y 27 may 1907.
20. Alonso JR. Neurociencia [blog]. [s.l.]: José Ramón Alonso. [s.d.]. Cajal y el dinero; 18 sep 2014 [consultado 18 sep 2018]. Disponible en: <https://jralonso.es/2014/09/18/cajal-y-el-dinero>
21. Corral Corral I, Corral Corral C, Corral Castanedo A. Cajal's views on the Nobel Prize for Physiology and Medicine (October 1904). *J Hist Neurosci*. 1998;7:43-9.
22. Del Río Horteiga P, Estable C. Ramón y Cajal. Homenaje en el décimo aniversario de su muerte. Montevideo: Institución Cultural del Uruguay; 1944.
23. García Barreno P. Ramón y Cajal académico: 150 años del nacimiento del premio Nobel de Medicina [Internet]. *El Cultural*. 17 abr 2002. Disponible en: <https://www.elcultural.com/revista/ciencia/Ramon-y-Cajal-academico/4603>
24. Ramón y Cajal S. Reglas y consejos para la investigación biológica. Los tónicos de la voluntad. 2ª ed. Madrid: Imprenta Fontanet; 1899.
25. Ramón y Cajal S. El mundo visto a los ochenta años: impresiones de un arterioesclerótico. Madrid: Tipografía Artística Alameda; 1934.
26. Vitoria Ortiz M. Vida y obra de Nicolás Achúcarro. Bilbao: Gran Enciclopedia Vasca; 1977.
27. Giménez-Roldán S. Cajal's unbearable cephalalgias: the consequences of a misdiagnosis. *Rev Neurol (Paris)*. 2016;172:680-8.
28. Ballester Escalas R. Santiago Ramón y Cajal. Barcelona: Toray; 1967.
29. Ramón y Cajal S. ¿Neuronismo o reticularismo? Las pruebas objetivas de la unidad anatómica de la célula nerviosa. *Arch Neurobiol*. 1933;13:218, 579.
30. Ramón y Cajal S. Histologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés, traduite de l'espagnol par le Dr. L. Azoulay. 2 vol. París: A. Maloine Éditeur; 1909,1911.
31. Perrin TG. La última cuartilla de Cajal. En: Somolinos D'Ardois G. Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento. México, D.F.: Editorial Cultura; 1952. p. 41-6.
32. Mariño C. Los últimos testigos de la vida de Ramón y Cajal [Internet]. *El País*. 17 oct 1984. Disponible en: <https://elpais.com>

- com/diario/1984/10/17/sociedad/466815602_850215.html
33. Aguirre de Viani C. Cajal y su escuela. Valladolid: Junta de Castilla y León; 2002.
 34. Fernández Santarén JA. Santiago Ramón y Cajal: epistolario. Madrid: La Esfera de los Libros; 2014.
 35. Ramón y Cajal S. Histología del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados. Madrid: Boletín Oficial del Estado; 2007.
 36. Albarracín A. Ramón y Cajal entre los poderes y los saberes. *Medicina & Historia*. 1984;4:III-VII. I. Génesis del pensamiento cajalano: el tránsito de lo “normal” a lo “morboso”; p. III.
 37. Ramón y Cajal Junquera S. Contribución de S. Ramón y Cajal a la patología. *Rev Esp Patol*. 2002;35:77-88.
 38. Giménez-Roldán S. Monuments to Cajal in Madrid: rejection of public tributes. *Rev Neurol (Paris)*. Próx. publ.
 39. Cannon DF. Vida de Santiago Ramón y Cajal: explorador del cerebro humano. México D.F.: Ganesa; 1951.
 40. Williams JHH. Don Quixote of the microscope: an interpretation of the Spanish savant Santiago Ramón y Cajal. Londres: Jonathan Cape; 1954.
 41. Giménez-Roldán S, Morales-Asín F, Ferrer I, Spencer PS. Neuropathology of lathyrism: a 1944 report by Oliveras de la Riva. En prensa.
 42. Giménez-Roldán S. The Madrid school of Neurology. *Rev Neurol (Paris)*. 2015;171:5-15.
 43. La tumba de Ramón y Cajal: vandalismo y abandono. EFE [Internet]. 22 mar 2018 [consultado 18 sep 2018]. Disponible en: <https://www.efefuturo.com/noticia/tumba-ramon-cajal-vandalismo/>